

Editorial

Nueva fase del imperialismo de Estados Unidos

La invasión de Irak tiene una resonancia especial en América Latina, sobre todo en regiones como Centroamérica y el Caribe, que cuentan con una larga y amarga experiencia de esta clase de operaciones, la cual se remonta al siglo XIX. Después de las intervenciones estadounidenses en las guerras centroamericanas de los setenta y los ochenta del siglo pasado, parecía que se había inaugurado una nueva época, en la cual el derecho internacional regiría las relaciones entre los estados, el acercamiento y la colaboración entre las naciones, en un plano de mayor igualdad y respeto, predominarían sobre las presiones y el uso de la fuerza militar y las transiciones democratizadoras serían impulsadas con un interés genuino. Pero estas impresiones resultaron falsas. La invasión a Irak y sus consecuencias de mediano y largo plazo muestran que el imperialismo estadounidense está de regreso, como a comienzos del siglo XX, nada más que, en esta ocasión, con pretensiones de universalidad. Su ambición es ejercer su hegemonía sobre todo el mundo. En este contexto, de nuevo resuena con fuerza el juicio crudo que un general retirado de los *marines* hizo de sus tres décadas de servicio militar, quien, en 1935, se vio a sí mismo como un pistolero del capitalismo.

En países pequeños y subdesarrollados, con una institucionalidad débil y poca tradición democrática, la invasión de Estados Unidos a Irak es un mal ejemplo, porque da luz verde para que los poderes locales —gobiernos y gran capital— actúen de manera arbitraria, también en nombre de la seguridad nacional y de la lucha contra el terrorismo. Si Estados Unidos, la nación que ha constituido hasta ahora el ideal democrático occidental, recurre a la fuerza militar para imponer su voluntad, por qué los poderes centroamericanos van a actuar de una manera diferente. La lucha contra el terrorismo internacional ha contribuido a restar peso específico a los procesos de transición democrática, impulsados con determinación hace apenas unos pocos años.

La invasión a Irak y su ocupación por tiempo indefinido no sólo inaugura una nueva etapa del imperialismo estadounidense, sino que también define con claridad meridiana una nueva división internacional del trabajo: Estados Unidos e Inglaterra hacen la guerra; Alemania, Francia, Australia, Canadá y España asumen las funciones de policía del territorio conquistado; Holanda y los países escandinavos toman a su cargo la ayuda humanitaria y Asia, África y América Latina siguen siendo fuente de recursos naturales y de fuerza de trabajo barata y un inmenso mercado para colocar la sobreproducción estadounidense. América Latina, y Centroamérica en particular, no puede pasar por alto esta nueva realidad imperial, que le está siendo impuesta.

1. Mesianismo imperialista: destino manifiesto

Los hechos ponen en evidencia, una vez más, que el capitalismo exige el imperialismo como instrumento para conservar y ampliar su poderío económico y político. La palabra imperialista había desaparecido del vocabulario de la izquierda como parte de las concesiones hechas a los cambios traídos por las transiciones de postguerra de la región centroamericana, pero no por eso Estados Unidos renunció a sus prácticas imperialistas. El derrumbamiento de las dos torres fue el pretexto para despojarse de la máscara democrática y volver a los viejos caminos, ya trillados, de los siglos XIX y XX, en Centroamérica y el Caribe. Washington reconoce ahora sin ningún recato que es la capital de un imperio, destinado por la providencia divina a regir los destinos de la humanidad. Por eso, se arroga el derecho para liberar pueblos de la opresión, derrocar gobiernos dictatoriales y colocar “democracias”, en su lugar. Su misión ya no es derrotar a un rival concreto —el cual desapareció con la caída del régimen soviético—, sino imponer su orden —“la paz americana”— dentro de sus fronteras “naturales”, es decir, en el planeta. De las naciones que lo habitan, espera docilidad y dependencia, a cambio de prosperidad y democracia al estilo estadounidense; a las que rechacen o se resistan a esta “paz americana”, las amenaza con la “guerra preventiva”. A los ciudadanos estadounidenses, les promete seguridad. Sin embargo, Washington reconoce que, en términos políticos, el imperialismo no es correcto; pero lo acepta como mal menor para contrarrestar la inseguridad que el terrorismo internacional representa para su ciudadanía. Es el mismo argumento que algunas dictaduras latinoamericanas utilizaron para justificar su existencia, en unos regímenes que se decían democráticos.

Esta vez, Washington —incluyendo al Congreso— está decidida a asumir sin escrúpulos, sin vergüenza y sin ofensa su papel imperialista. En épocas no lejanas, llamar a Estados Unidos imperialista era tomado como un insulto. Ahora el imperialismo es visto como una exigencia de su propia realidad nacional que, por lo tanto, no hay por qué ocultar o disimular. De hecho, en los argumentos de los ideólogos que defienden esta tesis no faltan las alusiones a los imperios históricos, en particular al romano, por el cual, al parecer,

muestran una atracción especial. El imperialismo estadounidense no desapareció con la caída de los socialismos del este de Europa, sino que siempre mantuvo sus ambiciones, pero bajo modalidades diferentes. Al finalizar la guerra fría e impulsar las llamadas transiciones democráticas, Estados Unidos se vio a sí mismo como la única potencia mundial y, por lo tanto, con deberes globales irrenunciables; ahora, en cambio, en vez de deberes, se considera con derechos universales incuestionables. Antes se pensaba indispensable en el concierto de naciones, pero ahora se cree indiscutible. Su discurso sostiene que este derecho lo ejercerá en caso de violación masiva y sistemática de los derechos humanos; pero, en la práctica —y así ha sido siempre—, la intervención militar está determinada por criterios de conveniencia estratégica, tanto para su política interior —elecciones o apropiación de recursos naturales— como exterior —reafirmación de su poder—, pero nunca se aplica a los aliados, aunque éstos violen los derechos humanos. De hecho, Estados Unidos guarda muy poco respeto por los derechos humanos.

Mucho antes del 11 de septiembre, Washington ya contaba con un plan para extender al mundo entero su proyecto imperialista. Irak fue un simple pretexto, aunque de gran importancia estratégica y de mucha utilidad económica. Desde el final de la guerra fría, Estados Unidos había estado a la espera de una excusa. Sin una potencia que le pudiera hacer contrapeso, el mundo, en su opinión, estaba destinado a caer bajo su control. Por eso, su discurso sobre Irak siempre fue inconsistente. Primero afirmó que apoyaba a los terroristas del Al Qaeda. Cuando salió a luz el odio irreconciliable entre el dictador iraquí y el líder de los terroristas, incluyó a Irak en la corriente fundamentalista musulmana, aun cuando es el país más secular del mundo árabe. Luego ale-



gó la existencia de armas de destrucción masiva y la negativa a permitir las inspecciones de Naciones Unidas. Como ninguna de estas dos afirmaciones se pudo constatar, aseguró que las armas estaban bien escondidas o fueron trasladadas a un país vecino o, peor aún, fueron destruidas antes de que la invasión comenzara, por lo tanto, nunca podrán ser encontradas. Por último pidió la renuncia o el exilio del dictador y con esta petición salió a luz la verdadera razón de su intransigencia: la ocupación permanente del territorio iraquí como parte del plan para expandir su hegemonía a una zona que, hasta ahora, se había escapado a su dominio. La cuestión no es, pues, Irak, ni las armas de destrucción masiva, ni el terrorismo, ni el dictador, ni las resoluciones e inspecciones de Naciones Unidas.

El proyecto imperial estadounidense descansa sobre dos elementos claves: la fuerza militar y el poder económico. El dominio militar lo ejerce a través de la red de bases que circunda el mundo —Europa, los Balcanes, las nuevas repúblicas del este europeo, el Pacífico y América Latina—, la cual se completa con la conquista de Irak. Desde aquí se propone vigilar y controlar el Medio Oriente, una zona en la cual no había podido poner pie firme. En América Latina, las bases militares de la antigua Zona del Canal de Panamá han sido sustituidas por pequeños enclaves estratégicos, como el existente en territorio salvadoreño, los cuales cumplen los mismos propósitos de vigilar y controlar e intervenir, cuando sea necesario. Desde estas bases, el ejército estadounidense puede desplegar tropa velozmente, en cualquier parte del mundo, ya que la presencia permanente de las mismas alrededor del mundo es imposible. La determinación de Washington para ejercer lo que considera derecho indiscutible no ha dejado mucho margen de maniobra a las otras naciones, las cuales se ven obligadas a aceptar el papel que les asigna. Ni siquiera potencias europeas como Francia o Alemania han podido influir en la ejecución de lo que no es más que un plan unilateral. Al final, las dos se han plegado a Estados Unidos. Por la misma razón, tampoco hay cabida para Naciones Unidas, en el mundo actual, dirigido por Estados Unidos. En esta nueva realidad, Naciones Unidas es un estorbo incómodo. Gobiernos como el salvadoreño, el nicaragüense o el costarricense no podían hacer menos y pronto relegaron al olvido su vocación pacifista de la que, hasta hace poco, solían hacer gala y se apuntaron en la lista de los que estaban a favor de la invasión y de la ocupación. El interés de El Salvador es obvio, puesto que en su agenda se encuentran temas de gran trascendencia nacional —la protección de los emigrantes, el tratado de libre comercio, la ayuda económica, etc.

El dominio económico será ejercido a través de los tratados de libre comercio, con los cuales Estados Unidos busca controlar mercados en condiciones favorables para colocar el exceso de su producción. Los gobiernos centroamericanos, en particular el salvadoreño, se aplican con entusiasmo a negociar el suyo, sin conciencia clara de sus consecuencias económicas, políticas y sociales —y en contra de la opinión pública. La dolarización de la

región centroamericana tomará más tiempo, pero es otro elemento importante del proyecto. Contrario, pues, a lo que sostienen los gobiernos centroamericanos, el fin principal de este tratado no es promover el desarrollo regional sostenible, sino contribuir al fortalecimiento de la economía estadounidense y, de paso, reforzar la dependencia de sus contrapartes. Es, en otras palabras, lo que el *New York Times* llama la lucha de clases desde arriba. Este concepto se aplica tanto a una sociedad determinada como a los estados o a los bloques de estados. La lucha de clases desde arriba consiste en favorecer a los que perciben los ingresos más altos a costa de quienes perciben los más bajos, cuya situación se deteriora aún más con los recortes de los servicios públicos o, en su caso, también de la ayuda internacional. Esta política regresiva, que crea menos consumo y más desempleo, se puede mantener, tanto en Estados Unidos como en El Salvador y Centroamérica, por la restricción severa de los derechos civiles y políticos, la cual, en la coyuntura actual, es presentada como necesaria, dada la amenaza terrorista que se cierne sobre todos, por el control estricto de la prensa, el cual con facilidad se convierte en censura, por la descalificación de la oposición y los disidentes, a quienes allá llaman colaboradores de los terroristas y acá, movimiento violento. Cuando estas medidas no cumplen su cometido, siempre queda, como último recurso, la represión policial.

En este contexto, y no como un fin en sí mismo, se inscribe el interés de Estados Unidos en el petróleo iraquí, la segunda reserva mundial. En el gobierno estadounidense han circulado documentos oficiales en los cuales se advertían que la seguridad nacional del siglo actual gira alrededor de la propiedad y distribución —incluyendo las rutas de acceso— de los recursos energéticos, en todo el mundo, pero de un modo especial en el golfo Pérsico y en la región del mar Caspio —dos áreas identificadas como vitales para Estados Unidos. Algunos de estos documentos parecieran haber sido escritos por las compañías energéticas cercanas a los funcionarios del gobierno actual y no han sido discutidos en el Congreso. Estos estudios contradicen las declaraciones de Washington, que aseguran que la invasión no está relacionada con las reservas de petróleo del Medio Oriente. Pero nada de esto es relevante, porque Estados Unidos actúa con impunidad. Está convencido que puede hacer aquello que se proponga sin dar cuentas a nadie. Todos los imperios son crueles, y el actual no es la excepción, pero ninguno ha sido tan desvergonzado e hipócrita como el de Estados Unidos.

De su poderío económico y militar y de la impunidad, Estados Unidos deriva su pretendida superioridad moral, la cual le daría derecho a hacer lo que se proponga por el bien de los demás. De esta manera, su poder, aparentemente, no tendría límite. Esa superioridad, por ejemplo, lo autorizaría a practicar la “intervención preventiva”, ahí donde lo considere oportuno. No ha habido imperio que no haya pretendido poseer esa superioridad moral, y en su nombre, se consideraron con derecho a imponer su voluntad sobre otros

pueblos y naciones. Según esta lógica, aquello que es bueno para Estados Unidos, también es bueno para el resto de la humanidad y quienes se oponen a él, están contra él, es decir, con las fuerzas del mal. En la historia del imperialismo, el origen de esa superioridad es la providencia divina, que habría dado a los imperios la misión de regenerar el mundo. En esto, Estados Unidos tampoco es diferente de sus antecesores. Desde muy pronto, no sólo se atribuyó un destino manifiesto para llevar libertad y prosperidad, sino que siempre se ha considerado la reserva moral y la esperanza del mundo.

La obra regeneradora que Estados Unidos se propone llevar adelante, en la actualidad, comprende a su propia sociedad. Desde hace algún tiempo, algunos sectores del capital transnacional, el evangelismo ultraconservador y extremistas de izquierda conversos se han empeñado en poner fin a las libertades inauguradas en mayo de 1968, porque estarían llevando al país a la disolución moral. Estos sectores ven con grave preocupación cómo desaparecen las buenas costumbres de la sociedad estadounidense y con ellas su verdadera tradición, caracterizada por el esfuerzo individual, la austeridad, el puritanismo, etc. Los asesores religiosos hablan de podredumbre, evidente en los medios de comunicación de masas, donde predomina, según ellos, un libertinaje intolerable. El sexo es abierto en las pantallas de televisión. Los homosexuales, las lesbianas, los travestidos, las feministas y otros grupos parecidos se muestran en público sin ningún pudor. La letra de las canciones más populares proclama la disolución de los valores básicos sobre los cuales descansa la sociedad estadounidense.

El proyecto imperial estadounidense descansa sobre dos elementos claves: la fuerza militar y el poder económico.

Aunque Estados Unidos está convencido, en virtud de la providencia divina que le ha dado su misión, de que prevalecerá sobre obstáculos y enemigos por igual, paradójicamente, se muestra temeroso de las libertades. En su nueva forma de dirigir el mundo predominan la seguridad y el control sobre la libertad. La llamada ley patriótica, por ejemplo, otorga facultades al gobierno estadounidense para vigilar la vida de su ciudadanía y se propone extender su cobertura a los emigrantes, los turistas, los disidentes, etc. Así, del optimismo ante las oportunidades abiertas por la globalización, ha pasado a temer sus riesgos y peligros. Internet ya no es un logro positivo, sino una amenaza —crea opinión pública mundial contraria a “la paz americana”, da acceso a información científica de alto riesgo, etc. Así, pues, en el centro mismo de la globalización ha surgido un movimiento contrario a ella, que aspira a controlarla, con lo cual negaría uno de sus propósitos fundamentales. Para poner remedio a este “libertinaje”, a los asesores religiosos no se les ha ocurrido otra cosa que imponer

la disciplina militar y la dureza de la guerra para detener la disolución y rescatar los valores perdidos. La hipocresía tan característica del puritanismo no parece preocuparles gran cosa.

2. La mentira al servicio del imperio

Los imperios se construyen sobre la mentira y las víctimas, y el imperio estadounidense no es la excepción. Imperio y verdad y vida son irreconciliables. Por eso, Estados Unidos no puede ser amigo de la libertad. El verdadero motivo de la invasión a Irak lo ocultó de manera expresa, las masacres las justificó y el plan para dominar el Medio Oriente y ejercer una hegemonía mundial, por medio de una especie de dictadura globalizada, lo niega de forma enfática. No obstante, la realidad escapó a su férreo control y desveló la verdad ante la opinión pública mundial. La verdad incontestable es que el presidente de Estados Unidos y sus asesores mintieron. Desde hacía mucho tiempo habían elaborado su plan. Sólo esperaban la oportunidad para ponerlo en ejecución. La existencia de armas de destrucción masiva, el argumento más repetido con el cual justificaron la invasión, ha sido desautorizado por los mismos servicios de inteligencia de ambos lados del Atlántico. Todo apunta a que tanto Washington como Londres mintieron al respecto. Pero nada de esto perturba a la potencia imperial la cual, muy segura de su poderío, ha calificado este cuestionamiento como improductivo, una vez terminada la invasión y conquistado el territorio.

Las cadenas transnacionales de la información hicieron creíble la mentira. La mayoría de ellas se puso al servicio del proyecto imperial de una manera incondicional y escandalosa. Se trata de las mismas empresas transnacionales que se declaran a sí mismas defensoras de la libertad de información y prensa y de todas las otras libertades; son las mismas que protestan cuando esas libertades son irrespetadas por aquellos que no consideran sus aliados. Estas empresas mediáticas presentaron la invasión como un gran espectáculo deportivo o de entretenimiento para lo cual enviaron a varios centenares de periodistas, dóciles a las directrices militares, a la línea de fuego junto con la tropa. Su misión consistió en llevar la visión del invasor a los hogares alrededor del mundo. Así, los periodistas se convirtieron en soldados o tal vez sea más apropiado decir que los soldados se disfrazaron de periodistas. Los militares les entregaron el catálogo de temas sobre los cuales podían informar, en sus notas o sus imágenes. Uno de los temas silenciado fue el terror de la población y las protestas masivas alrededor del mundo. Por lo tanto, el criterio para seleccionar dichos temas es el mismo de la intervención militar: la conveniencia estratégica. El lenguaje periodístico también fue secuestrado —la barbarie fue daño colateral y la destrucción, liberación y el saqueo, ejercicio gozoso de una libertad recién estrenada— y, en algunos casos, llegaron a extremos grotescos —las matanzas en sitios públicos las causaron bombas iraquíes; los muertos eran escudos humanos; los invasores, héroes; los invadidos que se resistieron, instrumentos

de la tiranía; las ciudades sitiadas y sin servicios públicos, obra humanitaria; las que opusieron resistencia, se rindieron todos los días.

La prensa hizo bien su trabajo, pues a una buena parte de la opinión pública estadounidense y mundial le vendió certezas, sin necesidad de presentar pruebas. Hizo tan bien su trabajo que la convenció de que el dictador iraquí había derribado las torres, que estaba en peligro inminente de ser atacada, que su presidente actúa movido por el bien de la humanidad y la inspiración divina, y que quienes se oponían a la operación militar eran antipatriotas. La prensa centroamericana, con muy pocas excepciones, no sólo reprodujo de forma extensa —y como es usual en ella, sin ninguna crítica— estas informaciones periodísticas, sino que, además, enfatizó con gran entusiasmo el poderío estadounidense.

Sorprendentemente, al menos desde América Latina, el discurso sobre la liberación de Irak y la sustitución de la dictadura por una democracia “americana” es una vieja historia muy conocida. Es imposible olvidar a Somoza de Nicaragua, a Trujillo de República Dominicana, a Duvalier de Haití, a Noriega de Panamá, para sólo mencionar a los más conocidos. Todos ellos fueron colocados en el poder por una intervención directa de Estados Unidos, cuyos objetivos formales eran la libertad y la prosperidad. Una vez convertidos en dictadores, todos ellos fueron apoyados de manera incondicional, hasta que, por simple conveniencia, Washington tuvo que dejarlos caer o los derrocó, como al dictador de Panamá. Las intervenciones militares y políticas en Guatemala, Nicaragua, El Salvador, Chile y Cuba, a las cuales se pueden agregar Vietnam, Camboya, Yugoslavia y otras, tenían los mismos propósitos de dar “libertad” y crear prosperidad. Hay mucha verdad en las frases de un obispo de Florida, quien además es teniente coronel y ex combatiente del sudeste asiático, cuando explica que Estados Unidos es “blanco de los terroristas, porque, en la mayor parte del mundo, nuestro gobierno defendió la dictadura, la esclavitud y la explotación humana. Somos blancos de los terroristas porque somos odiados. Y somos odiados porque nuestro gobierno ha hecho cosas odiosas” y no por defender la libertad y los derechos humanos.

Los dos enemigos más grandes de Estados Unidos, en la actualidad, el terrorista saudita y el dictador iraquí —al igual que Noriega— estuvieron a su servicio y mientras fueron incondicionales, fueron considerados amigos de confianza. Tanto que Estados Unidos les dio poder, dinero e incluso armas biológicas y químicas de destrucción masiva. La invasión de Irak, entre otras cosas, tenía el propósito de defender los derechos humanos de la población. Pero en 1989, Washington se opuso a que Naciones Unidas investigara la situación de los derechos humanos de los iraquíes. La explicación de esta contradicción es sencilla: el dictador había sido colocado en el poder por los mismos funcionarios estadounidenses que, pocos años después, lo derrocaron. En el Medio Oriente, Estados Unidos siempre ha apoyado las dictaduras que pudieran

prevenir el surgimiento de movimientos populares, que pusieran en peligro su hegemonía. Es regla general que Washington tolera las violaciones de estos derechos cuando éstas son cometidas por regímenes incondicionales. La dictadura o la democracia, el respeto o la violación de los derechos humanos son simples instrumentos para conseguir o preservar su hegemonía imperial.

La democracia prometida, en consecuencia, es otra gran mentira. América Latina lo sabe por larga y también amarga experiencia. Ahí donde ha intervenido para salvaguardar sus intereses, Estados Unidos no ha construido ninguna democracia. Y es que las democracias no se imponen con ejércitos extranjeros de ocupación. Los gobernantes que llegan al poder con el apoyo de una intervención militar, muy pronto se convierten en dictadores. En realidad, suelen ser oportunistas o, a veces, dirigentes mesiánicos, que saben ganarse la buena voluntad de la fuerza de ocupación. Por eso, esta nueva época imperial no es una buena noticia para América Latina, donde la tendencia al autoritarismo está muy arraigada, donde la tradición democrática es casi inexistente, donde el peso específico de lo militar no es despreciable y donde la institucionalidad sigue siendo débil. En El Salvador actual, para no ir más lejos, el presidente Flores cree poseer una superioridad intelectual y moral que le daría derecho a imponer su voluntad, aun en contra de la mayoría de la opinión pública. Esta actitud tan poco democrática es reforzada por la intervención abierta de la embajada estadounidense en los asuntos políticos internos. La embajadora se ha considerado con derecho para regañar a diputados y magistrados por igual, para pedir no votar por el FMLN, en las próximas elecciones, e incluso para amenazar con tiempos duros, si no siguen sus indicaciones.

Los imperios se construyen sobre la mentira y las víctimas, y el imperio estadounidense no es la excepción. Imperio y verdad y vida son irreconciliables. Por eso, Estados Unidos no puede ser amigo de la libertad.

Aun cuando la invasión y la ocupación de Irak son entendidas como un derecho imperial incuestionable, la democracia es un pretexto indispensable para encubrir lo que políticamente es incorrecto. Es claro que la fuerza invasora preparó de forma anticipada y concienzuda el plan militar, pero no el proyecto para la democratización y la prosperidad prometidas. Tampoco previó la oposición a la ocupación y colonización estadounidenses. Pensaron que contarían con el respaldo masivo de la población y que la reconstrucción transcurriría en un ambiente de estrecha colaboración. Pero en las calles iraquíes hay protestas que gritan su rechazo al dictador, pero también al invasor y hacen llamados a la unidad, al igual que lo hicieron contra el imperio británico, en la década de 1920. Convencido de ser el portador de dos valiosos bienes, la demo-

cracia y la paz "americanas", y, sin duda, desconcertado por el rechazo, el invasor se refugia en su superioridad y desprecia la resistencia encontrada, que, en la práctica, puede ser mayoritaria. Al no encontrar lo que buscaba, la fuerza invasora se ha visto obligada a recurrir al manual del buen colonizador, escrito por los ingleses hace ya bastante tiempo. Para controlar a la población local se ve obligada a cooptar a los jeques tribales, tal como lo hicieron los regímenes antidemocráticos anteriores y tal como lo ha hecho siempre, en todas partes. Estados Unidos habla de gobierno civil representativo, pero éste no es más que un muestrario de grupos étnicos y confesionales, cooptado entre las elites.

La implantación de un régimen democrático en una sociedad con estructuras arcaicas es una quimera. La democracia, tal como es entendida en occidente, no puede ser trasladada sin más al Medio Oriente. Centroamérica sabe muy bien que una transición democrática es un proceso gradual, cuyo éxito depende de cambios sociales y económicos, en los cuales pueda apoyarse. Pero en Irak, ese proceso es mucho más complejo, porque es un país integrado por grupos étnicos diversos, los cuales responden a viejas rivalidades y cuyas estructuras sociales son herencia de una cultura milenaria. Por consiguiente, una transición democrática debe avanzar sin desestabilizar las relaciones de entendimiento y aceptación mutua de las etnias y debe considerar la rebeldía de todas ellas contra el poder central de la capital (Bagdad), monopolizado por algunos clanes y por algunas elites. No es remoto, tal como suele ocurrir, en estas circunstancias, que ciertos grupos aprovechen la oportunidad para hacerse con el poder para ejercerlo en beneficio propio. A esto hay que agregar que se trata de un país destruido y de una sociedad desarticulada, inestable y armada. Un cambio como el que se pretende no puede ser impuesto por unas fuerzas de ocupación. Si la reconstrucción y la democratización fracasan, Irak se convertirá en un foco de inestabilidad, en la zona y también en el mundo, con lo cual el invasor habría conseguido lo contrario a lo que se propuso.

Las primeras concesiones otorgadas por Estados Unidos para hacer negocio con el petróleo y la reconstrucción de Irak no son más que un reparto del botín con el cual se lucrarán, en primer lugar, las transnacionales vinculadas al gobierno de Washington y luego aquellas otras relacionadas con los gobiernos que participaron en la invasión. Quienes rechazaron la invasión han sido excluidos de este reparto, al menos por ahora. Las ventajas económicas y políticas de estar del lado de los vencedores y del imperio son evidentes. No obstante, no hay que olvidar que esas ganancias se hacen con la destrucción y la muerte. El Salvador, en su categoría de país dependiente, se encuentra en la lista de los premiados y, sin duda, pronto recibirá su parte, por su apoyo incondicional.

3. Razones para la esperanza

Esta nueva etapa del imperialismo estadounidense no se ha quedado sin respuesta. La invasión a Irak levantó una ola mundial de protestas. Organiza-

ciones sociales y no gubernamentales de toda clase, organizaciones sindicales y cooperativas, partidos políticos diversos, intelectuales y artistas, militantes de las ideologías y colores más variados, y movimientos reivindicativos de toda clase se unie-



ron para gritar un enérgico no a la guerra, el cual ha resonado en todas las capitales y ciudades más importantes de occidente y también en algunas de oriente. Sus masivas y repetidas protestas contra Estados Unidos son elocuentes. En vez de encontrar simpatía y apoyo, Estados Unidos ha extendido a casi todo el mundo el rechazo y la condena al “yanqui, enemigo de la humanidad” del himno sandinista. Es cierto que ha encontrado apoyos importantes en el interior de su propia sociedad, pero Estados Unidos nunca se había lanzado a una aventura militar con tan poco respaldo interno y externo.

El avance del imperialismo estadounidense logró unir y revitalizar las fuerzas que luchaban por un mundo mejor, más equitativo y humano, las cuales parecían haber claudicado de forma definitiva ante el capitalismo neoliberal. La utopía parecía haber dado paso al conformismo ante lo inevitable. Estas fuerzas habían comenzado a agruparse alrededor de la utopía de Porto Alegre, bajo la consigna de que “otro mundo es posible”. De hecho, este reagrupamiento de fuerzas surgió para contrarrestar el del capitalismo, que se reunía sin contestación, en Europa. Primero se limitaron a protestar contra el capitalismo neoliberal, a veces incluso de forma violenta; pero luego también para demandar y proponer cambios importantes. Estados Unidos, sin embargo, ha superado todas las expectativas. La oposición a sus planes imperialistas ha hecho brotar una nueva esperanza y ha dado un nuevo sentido a la vida, no sólo de determinados grupos, sino para la humanidad entera. La omnipotencia imperial ha devuelto a la humanidad el deseo de luchar por un mundo mejor, contrario al que le pretende imponer por la fuerza. La utopía recobra así su lugar en las aspiraciones de la humanidad y fundamenta una esperanza renovada y vigorosa.

No obstante el arraigado y extendido sentimiento patriótico de la sociedad estadounidense, bastantes familiares de las víctimas del 11 de septiembre condenaron públicamente que se usara su nombre para justificar la invasión.

La opinión pública mundial recogió e hizo suya esta desautorización y repitió que tampoco invadieran en su nombre. La desproporción entre la respuesta —la invasión— y una amenaza remota —armas de destrucción masiva y, o fundamentalismo islámico— era evidente. Aunque esta opinión pública no desconocía el carácter dictatorial del régimen iraquí, tampoco pasó por alto que esa dictadura fue posible por el papel que Estados Unidos le asignó durante su lucha contra Irán, no hace muchos años. Por eso, se exigieron pruebas de la peligrosidad de la dictadura y, en concreto, se exigió el informe de Naciones Unidas. La falta de esa evidencia puso en crisis las alianzas militares y políticas de Estados Unidos con el centro de Europa y sigue, aun ahora, siendo debatida en el Congreso estadounidense y en el Parlamento inglés, que se saben engañados por unos informes de inteligencia cuyo propósito era justificar la operación militar. Así, pues, la opinión pública mundial tenía razón para protestar en las calles y plazas no sólo contra la invasión, sino también contra los planes imperialistas de Estados Unidos para someter al mundo a sus necesidades y conveniencias.

La democracia, la prosperidad y la paz “americanas” son falsas [...] Estados Unidos no ha contribuido a la democratización de ningún país, ni a una redistribución más equitativa de la riqueza, ni a un mayor respeto de los derechos humanos y del derecho internacional. Lo que sí ha hecho es contribuir a establecer dictaduras útiles para su política, exterior o doméstica, y cuando éstas se han visto amenazadas por movimientos liberadores, aun cuando violen los derechos humanos, las ha apoyado e incluso defendido.

Esta movilización, para ser eficaz, debe ir más allá de la protesta callejera y enfrentar un doble desafío con vistas a aproximar la utopía de un mundo mejor alternativo al que ofrece Estados Unidos. El primer desafío consiste en convencer a este país de que le conviene, por simples razones de supervivencia, someterse al orden internacional —Naciones Unidas, Tribunal Penal Internacional, Organización Mundial del Comercio, etc.—, como única instancia que puede regular las relaciones entre los estados y una globalización en expansión. De esta manera, se podrían evitar situaciones como las de Afganistán e Irak así como también se podrían corregir las desigualdades y perversiones de la globalización. El respeto a la legitimidad de las instituciones internacionales debiera prevalecer sobre el interés o la necesidad de cualquier Estado, bloque de estados o potencia, sobre todo de Estados Unidos. La opinión pública mundial organizada y no organizada es un instrumento que,

con creatividad y tenacidad, podría presionar para que Estados Unidos al fin reconozca y respete, como todos los demás estados, el orden jurídico internacional. Esto es más necesario ahora, después que este país ha ido tan lejos en sus pretensiones imperialistas como para imponer su ley en el mundo.

El segundo desafío, estrechamente vinculado al primero, es convencer a Estados Unidos que su seguridad y la de todos los demás estaría mejor garantizada con una comunidad internacional fuerte, con capacidad para enfrentar las tensiones y conservar la paz. Esta meta no puede lograrse sin el fortalecimiento del orden internacional. Así, el mundo sería más estable para desarrollar toda clase de intercambios. La hegemonía mundial que Estados Unidos pretende ejercer nunca le garantizará la seguridad que desea. Por lo tanto, la cuestión es cómo convencerla de que necesita el apoyo efectivo de la comunidad internacional para combatir el terrorismo, el tráfico de drogas y personas, el lavado de dinero, la esclavitud, la proliferación del armamento nuclear, etc. En lugar de poner sus energías en conseguir la hegemonía mundial, Estados Unidos debiera trabajar para convertir su poderío indiscutible en influencia efectiva para, junto con el resto de estados, contrarrestar estos males graves que, de una u otra manera, impactan a todos ellos. Una cosa es clara. Estados Unidos no puede contrarrestar estas amenazas sola y aislada. Sus armas y su ejército son impotentes ante unas amenazas más socioeconómicas y políticas que militares. Dicho con otras palabras, Estados Unidos es una nación poderosa, pero no es omnipotente, ni mucho menos. Su poder tiene límites claros, tal como lo muestra la experiencia. Ahora bien, convencer a Estados Unidos será muy difícil. La confianza ciega en su poder le impide comprender razones, ni siquiera las de orden pragmático, de simple supervivencia, están a su alcance. Por eso, será necesario luchar y vencerlo para que entre en razón.

Durante mucho tiempo, Estados Unidos fue visto como el ideal de las libertades democráticas y la convivencia, y como el país de las oportunidades económicas y sociales. Estos eran los elementos claves del sueño americano, que atrajo a tantos y que incluso todavía hoy sigue atrayendo a muchos, pero cada vez lo hace con menos fuerza. Algunos de sus aliados ya no aceptan con docilidad el papel asignado. No obstante su poderío militar, Estados Unidos ya no es obedecido de forma incondicional, ni puede contener todas las amenazas que se ciernen sobre él. No obstante su control casi indisputable sobre los medios de comunicación de masas, la imagen proyectada por su gobierno y su sociedad cada vez convence menos. Las demostraciones masivas anti-yanqui alrededor del mundo son prueba contundente de su pérdida de capacidad para convencer de las bondades de su causa. Esto significa que una buena parte de la humanidad no se siente más segura al cuidado del aparato de seguridad estadounidense. En la medida en que pierde poder para convencer, a Estados Unidos sólo le queda su poderío militar para hacerse respetar e imponer su voluntad, una señal clara de debilidad y tal vez incluso de decadencia, la cual puede durar mucho, pero decadencia al fin de cuentas.

La opinión pública mundial recogió e hizo suya esta desautorización y repitió que tampoco invadieran en su nombre. La desproporción entre la respuesta —la invasión— y una amenaza remota —armas de destrucción masiva y, o fundamentalismo islámico— era evidente. Aunque esta opinión pública no desconocía el carácter dictatorial del régimen iraquí, tampoco pasó por alto que esa dictadura fue posible por el papel que Estados Unidos le asignó durante su lucha contra Irán, no hace muchos años. Por eso, se exigieron pruebas de la peligrosidad de la dictadura y, en concreto, se exigió el informe de Naciones Unidas. La falta de esa evidencia puso en crisis las alianzas militares y políticas de Estados Unidos con el centro de Europa y sigue, aun ahora, siendo debatida en el Congreso estadounidense y en el Parlamento inglés, que se saben engañados por unos informes de inteligencia cuyo propósito era justificar la operación militar. Así, pues, la opinión pública mundial tenía razón para protestar en las calles y plazas no sólo contra la invasión, sino también contra los planes imperialistas de Estados Unidos para someter al mundo a sus necesidades y conveniencias.

La democracia, la prosperidad y la paz “americanas” son falsas [...] Estados Unidos no ha contribuido a la democratización de ningún país, ni a una redistribución más equitativa de la riqueza, ni a un mayor respeto de los derechos humanos y del derecho internacional. Lo que sí ha hecho es contribuir a establecer dictaduras útiles para su política, exterior o doméstica, y cuando éstas se han visto amenazadas por movimientos liberadores, aun cuando violen los derechos humanos, las ha apoyado e incluso defendido.

Esta movilización, para ser eficaz, debe ir más allá de la protesta callejera y enfrentar un doble desafío con vistas a aproximar la utopía de un mundo mejor alternativo al que ofrece Estados Unidos. El primer desafío consiste en convencer a este país de que le conviene, por simples razones de supervivencia, someterse al orden internacional —Naciones Unidas, Tribunal Penal Internacional, Organización Mundial del Comercio, etc.—, como única instancia que puede regular las relaciones entre los estados y una globalización en expansión. De esta manera, se podrían evitar situaciones como las de Afganistán e Irak así como también se podrían corregir las desigualdades y perversiones de la globalización. El respeto a la legitimidad de las instituciones internacionales debiera prevalecer sobre el interés o la necesidad de cualquier Estado, bloque de estados o potencia, sobre todo de Estados Unidos. La opinión pública mundial organizada y no organizada es un instrumento que,

con creatividad y tenacidad, podría presionar para que Estados Unidos al fin reconozca y respete, como todos los demás estados, el orden jurídico internacional. Esto es más necesario ahora, después que este país ha ido tan lejos en sus pretensiones imperialistas como para imponer su ley en el mundo.

El segundo desafío, estrechamente vinculado al primero, es convencer a Estados Unidos que su seguridad y la de todos los demás estaría mejor garantizada con una comunidad internacional fuerte, con capacidad para enfrentar las tensiones y conservar la paz. Esta meta no puede lograrse sin el fortalecimiento del orden internacional. Así, el mundo sería más estable para desarrollar toda clase de intercambios. La hegemonía mundial que Estados Unidos pretende ejercer nunca le garantizará la seguridad que desea. Por lo tanto, la cuestión es cómo convencerla de que necesita el apoyo efectivo de la comunidad internacional para combatir el terrorismo, el tráfico de drogas y personas, el lavado de dinero, la esclavitud, la proliferación del armamento nuclear, etc. En lugar de poner sus energías en conseguir la hegemonía mundial, Estados Unidos debiera trabajar para convertir su poderío indiscutible en influencia efectiva para, junto con el resto de estados, contrarrestar estos males graves que, de una u otra manera, impactan a todos ellos. Una cosa es clara. Estados Unidos no puede contrarrestar estas amenazas sola y aislada. Sus armas y su ejército son impotentes ante unas amenazas más socioeconómicas y políticas que militares. Dicho con otras palabras, Estados Unidos es una nación poderosa, pero no es omnipotente, ni mucho menos. Su poder tiene límites claros, tal como lo muestra la experiencia. Ahora bien, convencer a Estados Unidos será muy difícil. La confianza ciega en su poder le impide comprender razones, ni siquiera las de orden pragmático, de simple supervivencia, están a su alcance. Por eso, será necesario luchar y vencerlo para que entre en razón.

Durante mucho tiempo, Estados Unidos fue visto como el ideal de las libertades democráticas y la convivencia, y como el país de las oportunidades económicas y sociales. Estos eran los elementos claves del sueño americano, que atrajo a tantos y que incluso todavía hoy sigue atrayendo a muchos, pero cada vez lo hace con menos fuerza. Algunos de sus aliados ya no aceptan con docilidad el papel asignado. No obstante su poderío militar, Estados Unidos ya no es obedecido de forma incondicional, ni puede contener todas las amenazas que se ciernen sobre él. No obstante su control casi indisputable sobre los medios de comunicación de masas, la imagen proyectada por su gobierno y su sociedad cada vez convence menos. Las demostraciones masivas anti-yanqui alrededor del mundo son prueba contundente de su pérdida de capacidad para convencer de las bondades de su causa. Esto significa que una buena parte de la humanidad no se siente más segura al cuidado del aparato de seguridad estadounidense. En la medida en que pierde poder para convencer, a Estados Unidos sólo le queda su poderío militar para hacerse respetar e imponer su voluntad, una señal clara de debilidad y tal vez incluso de decadencia, la cual puede durar mucho, pero decadencia al fin de cuentas.

Ahora bien, entre más uso haga de su poderío militar, más alimenta el sentimiento anti-yanqui. Si en realidad lo que busca es un mundo más estable y seguro, está consiguiendo, precisamente, lo contrario.

Estados Unidos no duda de su éxito porque está convencido, de manera equívoca, de que Dios le ha dado una misión impostergable. No sólo está convencido de que puede hacer cualquier cosa que se proponga, pues confía ciegamente en sus conocimientos y en su tecnología, sino que no puede renunciar a la misión divina de dirigir el mundo, tal como también lo creían los romanos. Los imperios creen que si no asumen su destino, corren el peligro de desaparecer y de arrastrar a los demás pueblos, en su caída, lo cual es cierto. En el caso de Estados Unidos, el mesianismo imperialista está impregnado de evangelismo ultraconservador, en una mezcla rara. Expresa el mito de su poderío en el dinero, el deporte y las exhibiciones militares. Un tercio de los escenarios deportivos estadounidenses llevan el nombre de una empresa transnacional. Ningún juego puede dar comienzo sin antes rendir homenaje a los símbolos patrios. El ejército no pierde oportunidad para exhibir su poderío y los estudiantes de todas las edades desfilan al ritmo de las marchas militares.

Las contradicciones entre mito y realidad, sin embargo, saltan a la vista. La democracia, la prosperidad y la paz "americanas" son falsas. Desde la segunda guerra mundial, Estados Unidos no ha contribuido a la democratización de ningún país, ni a una redistribución más equitativa de la riqueza, ni a un mayor respeto de los derechos humanos y del derecho internacional. Lo que sí ha hecho es contribuir a establecer dictaduras útiles para su política, exterior o doméstica, y cuando éstas se han visto amenazadas por movimientos liberadores, aun cuando violen los derechos humanos, las ha apoyado e incluso defendido. Para ello incluso cuenta con una teoría sobre las dictaduras aceptables y las inaceptables. De hecho, Washington nunca ha sido amiga de democracias independientes de sus dictados o diferentes a como ella la entiende, como la del Chile de Allende o la de Nicaragua de los sandinistas; en cambio, fue amiga del Chile de Pinochet, de la Nicaragua de Somoza, de la Honduras, Guatemala y El Salvador de los militares y la oligarquía agro exportadora. Estados Unidos habla de libertad, pero la destruye cuando se independiza de sus planes. Habla de democracia, pero impone regímenes que con frecuencia acaban convertidos en dictaduras.

Una de las ironías de esta nueva fase del imperialismo es que, en nombre de la libertad, ha hecho a su ciudadanía rehén de su propio miedo. El ciudadano estadounidense ahora tiene miedo a viajar, a hacer turismo, a ataques sorpresivos, a árabes y musulmanes, a extranjeros, a recibir correspondencia, etc. La intervención preventiva trajo el miedo preventivo. Un miedo que el gobierno de Washington cultiva y refuerza con anuncios y simulaciones de ataques sorpresivos y devastadores. En el fondo, los estadounidenses tienen miedo de sí mismos, por lo que han sido capaces de hacer alrededor del

mundo; también es miedo a no poder seguir viviendo como hasta ahora, miedo a las transformaciones que tendrían que impulsar para llegar a ser lo que dicen. El miedo es una señal clara de decadencia. Cuando los imperios se vuelven inflexibles ante los desafíos, comienza su decadencia. El régimen estadounidense es muy cruel e incluso hasta perverso. Para conservar la democracia, restringe las libertades civiles y desconoce el derecho; para garantizar la seguridad interna, aterroriza a la población. Para mantener su hegemonía se endeuda en centenares de miles de millones de dólares. Cuando su capacidad de endeudamiento llegue al límite, comenzará a replegarse. Los datos muestran, por otro lado, que, desde hace ya varios años, cada vez menos estadounidenses tienen asegurado su bienestar material —menos acceso a servicios públicos, menos ingreso, menos empleo, menos consumo, etc. Pero considera legales todos los excesos para proteger al ciudadano estadounidense de nuevos ataques terroristas. Para mantener su hegemonía se endeuda de manera peligrosa

Finalmente, está el uso del nombre de Dios en vano. Poco después de septiembre, se responsabilizó al Dios monoteísta de la destrucción de las dos torres y de su miles de víctimas. Se lo acusó de manera superficial e injusta de promover la intolerancia y el fanatismo. Pero una vez que Estados Unidos demostró a las generaciones contemporáneas de lo que es capaz, la mayoría de la humanidad, creyente o no, ya no acusa al Dios monoteísta, sino a las divinidades del imperio. El Dios de Jesús, a quien tanto invoca Washington, ha sido vislumbrado como el defensor de las víctimas de la invasión y como el propiciador de la solidaridad con los oprimidos. Este sorprendente giro no provino de argumentaciones o disquisiciones teóricas, ni siquiera de una relectura de la historia, sino del testimonio de quienes invocan al Dios de Jesús como verdad y compasión. Frente a la muerte y la destrucción causadas por los ídolos imperiales, muchos barruntan que en esa confesión debe haber algo bueno. Cuando es incondicional, ven que ahí debe haber, además, algo último. Mientras los opresores usan el nombre del Dios de Jesús en vano, en este otro contexto se lo respeta.

Las víctimas de la invasión han despertado, en una buena parte de la humanidad, la compasión y la indignación, la verdad y la profecía (Jon Sobrino). Paradójicamente, al volverse más humana, la humanidad avizora al Dios de Jesús como liberador de la injusticia y la opresión y como referente y reserva de verdad, compasión, justicia y solidaridad. Las víctimas, explica Jon Sobrino, tienen poder para descentrar y atraer a una buena parte de la humanidad. Al atraer hacia ellas y en ellas, la humanidad se encuentra unida y hace a un lado la religión, la etnia, la cultura y la ideología. De esta manera, las víctimas han puesto en evidencia esta contradicción de la mitología imperial estadounidense. De esta manera, la han despojado de su carácter absoluto y han mostrado su falacia.

En las víctimas desaparece la división y la unidad y la lucha por un mundo mejor empiezan a ser posible. En ellas, la esperanza cobra nueva fuerza creadora. Así como unen y dan vida a quienes se dejan atraer por ellas, alejan al opresor y al explotador, todo en un mismo movimiento. La verdadera división no es la de la religión, la etnia, la cultura o las ideas políticas, sino la agresión a los débiles. Dicho de otra manera, una buena parte de la humanidad está en contra de Estados Unidos por causa de la violencia que ejerce sobre millones de personas indefensas e inocentes. Y lo está con el carácter absoluto que se deriva de lo último. Esto no es lo que Washington pretendía, pero es lo que ha conseguido para el bien de la humanidad y de ella misma. Paradójicamente, sólo las víctimas podrán liberar a los estadounidenses de sus temores e inseguridades y lo que es más importante, de su perversa ideología imperialista. Sólo ellas podrán hacer un mundo más seguro y estable. Hay, pues, razones sólidas para la esperanza.

San Salvador, 12 de junio de 2003.

